

Miércoles 11 de Junio de 1873.

EL ESTADO CATALAN

DIARIO REPUBLICANO DEMOCRATICO FEDERALISTA.

Redactado en provincias y publicado en Madrid.

EXTRAORDINARIO

Tenemos el disgusto de participar a nuestros lectores y al público en general, que suspendemos nuestra publicación, quizá para pocos días, quizá para mucho tiempo.

Al aparecer en el estado de la prensa en Madrid, hablamos perfectamente que íbamos a imponernos grandes sacrificios. Jamás entró en nuestra mente la idea de especulación de negocio. Íbamos a luchar contra la corriente, y no se nos ocultaba que en la lucha debíamos estar solos o casi solos. Halláramos además persuadidos de que la misión de la prensa es una misión muy alta, y no habíamos de separarnos de ella por cada el por nadie; siempre había de brutar de nuestra pluma lo que creyéramos la verdad, por más que nuestros escritos debieran exponerarnos simpatías. En períodos que con tales condiciones nace en nuestro infortunado país, no puede aspirar a grandes adelantos. Aquí solo algunos vida robusta el que vende su conciencia a un ministerio, y aplaude todos sus actos, o el que gestiona y vocifera y se hace esclavo de las pasiones de las masas y las realta y contribuye cada vez mas a su extravío.

Pero nada nos importaba el sacrificio que ya prevíamos y calculamos de antemano. Hay más todavía; el sacrificio ha sido menor de lo que podíamos esperar. No es, pues, la idea de perder más dinero la que principalmente nos obliga a suspender nuestras tareas. Hoy estábamos casualmente en el período de ganar. Lo que mas nos importa es el serenos impotentes, el habernos persuadido de que hoy no puede hallarse en parte alguna remedio a los males que nos consumen.

Durante estos últimos tres meses hemos luchado desesperadamente contra la realidad de los hechos, luchando con ardua y noble a que agarráramos y fonder la última esperanza. Hemos pasado revista a todos los elementos del partido federal y ninguno hemos encontrado a quien poder prestar apoyo, a quien comunicar empuje. Los que han tomado la calificación que nosotros nos dimos, los que se engañaban llamándose federalistas, lo son solo en el sentido de no permitir que otros que ellos arrastren la precaria y triste vida del que como del presupuesto, estando dispuesto a defender su privativa en

todos los terrenos. Los que se llaman benévolo, aspiran a lo mismo, y para defender su situación a todo está también dispuesto, hasta a la baja mas repugnante. Entre unos y otros agitanos infructuosamente los elementos malos, que algunos hay aunque pocos, elementos malos que transigentes y lentos se arroján del uno al otro bando cual pelota, apoyándose en su candidez y en su falta de decisión unos y otros para lograr sus fines bastardos.

Y al extra unos, ni entre otros se encuentran una figura, una voluntad capaz de dominar la situación. Cada día que pasa, cada hombre que se pone en evidencia, es motivo de un nuevo desengaño.

Y no hay que esperar que surja del seno de la revolución el que pueda salvarnos, pues que después de cinco años que de revolución llevamos, conocemos perfectamente a todos los hombres, a todos los elementos con que podemos contar. No ha de salir ni uno nuevo, como sucede cuando se vive de una situación tirante, de una situación restrictiva que impide que se manifiesten muchos que valen por su carácter o por su talento.

El desaliento, pues, se ha apoderado de nosotros. Nada esperamos ya, en nada confiamos. Nuestra voz se ha perdido en el vacío, que es lo único que en España existe. Quisiéramos llegar al Congreso para hacer el último esfuerzo para quedar completamente tranquilos, y las puertas del Congreso se nos cerraron; señal evidente de que el país no está con nosotros, o de que sigue todavía cual mano ciego al que quiere convertirse en su pastor y balace sus debilidades. Seguros estamos, pues, de haber hecho cuanto podíamos, más de lo que debíamos, pues que nuestro deber de ciudadanos que jamás hemos hecho ni pensamos hacer carrera de la política, no se extendía a tanto.

Cual si nos faltara pasar por la última vergüenza, en este momento está Madrid convertido en un campamento, y la fuerza armada se dispone, cual el jefe de los galos que invadían a Roma, a entrar en la balanza el peso de su espada. Dentro de la situación república, daremos más importancia al derecho de la fuerza que a la fuerza del derecho. La

situación actual es completamente parcelada a la de la decadencia de Dinamarca. Los verdaderos culeros a toda costa triunfar de los malos, y los malos de los verdos, no pudiendo la política esperar de los unos ni de los otros más que negociaciones, más que vergüenzas, más que impotencia, pues que ni unos ni otros tienen ideas ni vigor, pues que ni unos ni otros son capaces de decirnos en qué se distinguen de sus contrarios.

No hemos perdido la fe en nuestros principios. Hay más que nunca los creemos salvadores, hoy más que nunca estamos escambrados de ellos, como el padre escagra las perfecciones del hijo moribundo. La hemos perdido, sí, y completamente en los elementos de que disponemos, en la posibilidad de aplicar nuestro ideal a España. Seremos, pues, siempre avanzados de la federación, y de la democracia, pero seremos amantes plañeros, y cuando venimos las tristes, las horribles circunstancias que quizá nos envolverán dentro de poco; cuando veamos que la impotencia nos consume; cuando contemplemos las sensibiles convulsiones de la agonia de nuestra patria, lloraremos amargamente los males; lloraremos amargamente que un conjunto de circunstancias extraordinarias hayan hecho imposible hasta la prueba de nuestro sistema.

Nos retiramos, pues, desalentados, sin esperanza en la salvación de España, pero sin que haya mengua en lo más íntimo la fe en nuestros principios. Si nos engañáramos al juzgar de la situación del país; si llegáramos a creer que podía ser otra cosa; si nos ilusionáramos de que podríamos ser escuchados, nada tiene derecho a burlarse de nuestra candidez, que reconocida por causa, no móvil generoso. Nadie tiene tampoco derecho a acusarnos de haber contribuido a perturbar al país, pues que con la mano en el corazón han de confiar a los los españoles que hacen años, muchísimos años, quizá siglos, que España no tiene ya nada que perder; que su situación es la más trista de las situaciones.

¡Ojalá nos engañáramos en nuestras apreciaciones! ¡Ojalá que el país se reaccionara a tiempo! ¡Ojalá que el país se reaccionara a tiempo! ¡Ojalá que el país se reaccionara a tiempo!

como hoy nos enfrentamos nuestra equivocación con doloroso acierto, que solo del fondo del alma, con alegría confesáramos que hoy nos equivocáramos, y nuestras escasas fuerzas se consagrasen de nuevo a la santa causa que hemos defendido.

De nosotros colegas en la prensa, así de Madrid como de provincias, de los que han estado leyendo bromos merced, esperamos la última, y los rogamos que si les es posible repudiamos la presente despedida. ¡Ojalá contribuya ella a que el espíritu público se reaccione; quizá a que sea posible lo que hoy consideramos imposible! Si esta ilusión llegara a ser una realidad, nos despediríamos por pocos días; si no llega a serlo, al todo continúa como hasta hoy, solo nos resta decir a los españoles la última verdad; solo nos resta repudiar la grandiosa y terrible frase del Dante:

IN LASCIA TE OGNI SPERANZA
Madrid 11 Junio, 1873.

LA DIRECCION.

ADVERTENCIA.

Advertimos a nuestros suscritores que están en descubierto, que si no nos mandan el importe del trimestre que les hemos servido, libraremos contra ellos. Los pocos a quienes adeudamos algo, pueden pasar o escribir a esta redacción, donde durante los próximos ocho días les devolveremos el exceso.

LA ADMINISTRACION.

MADRID: 1873.—Imprenta de Julian Páez,
calle del Olivar, 22.

EXTRAORDINARIO

Tenemos el disgusto de participar á nuestros lectores y al público en general, que suspendemos nuestra publicación, quizá para pocos días, quizá para mucho tiempo.

Al aparecer en el estado de la prensa en Madrid, sabíamos perfectamente que íbamos á imponernos grandes sacrificios. Jamás entró en nuestra mente la idea de especulación ó de negocio. Íbamos á luchar contra la corriente, y no se nos ocultaba que en la lucha debíamos estar solos ó casi solos. Estábamos aún más persuadidos de que la misión de la prensa es una misión muy alta, y no hablamos de separarnos de ella por nada ni por nadie; siempre habla de brotar de nuestra pluma lo que creyéramos la verdad, por más que nuestros escritos debiesen enemistarnos simpatías. Un periódico que con tales condiciones nace en nuestro infortunado país, no puede aspirar á grandes adelantos. Aquí solo adquiere vida robusta el que vende su conciencia á un ministerio, y aplaude todos sus actos, ó el que gestacula y vocifera y se hace esclavo de las pasiones de las masas y las exalta y contribuye cada vez más á su extravío.

Pero nada nos importaba el sacrificio que ya preveíamos y calculamos de antemano. Hay más todavía; el sacrificio ha sido menor de lo que podíamos esperar. No es, pues, la idea de perder más dinero la que principalmente nos obliga á suspender nuestras tareas. Hoy entrábamos casualmente en el período de ganarlo. Lo que nos nos impide es el sernos impotentes, el habernos perseguido de que hoy no puede hallarse en parte alguna remedio á los males que nos consumen.

Durante estos últimos tres meses hemos luchado desesperadamente contra la realidad de los hechos, buscando con avidez una tabla á que agarrarnos y fundar la última esperanza. Hemos pasado revista á todos los elementos del partido federal y ninguno hemos encontrado á quien poder prestar apoyo, á quien comunicar empuje. Los que han tomado la calificación que nosotros nos dimos, los que se engalanan llamándose intrínsecos, lo son solo en el sentido de no permitir que otros que ellos arrastren la precaria y triste vida del que come del presupuesto, estando dispuestos á defender su privativa en

todos los terrenos. Los que se llaman benévolo, aspiran á lo mismo, y para defender su situación á todo están también dispuestos, hasta á la baja más repugnante. Entre unos y otros agitanse infructuosamente los elementos sanos, que algunos hay aunque pocos, elementos sanos que transigentes y benévolo se arrojan del uno al otro bando cual pelota, apoyándose en su candidez y en su falta de decisión unos y otros para lograr sus fines bastardos.

Y ni entre unos, ni entre otros se encuentra una figura, una voluntad capaz de dominar la situación. Cada día que pasa, cada hombre que se pone en evidencia, es motivo de un nuevo desengaño.

Y no hay que esperar que surja del seno de la revolución el que pueda salvarnos, pues que después de cinco años que de revolución llevamos, conocemos perfectamente á todos los hombres, á todos los elementos con que podemos contar. No ha de salir ni uno nuevo, como sucede cuando se viene de una situación tirante, de una situación restrictiva que impide que se manifiesten muchos que valen

por su carácter ó por su talento.

El desaliento, pues, se ha apoderado de nosotros. Nada esperamos ya, en nadie confiamos. Nuestra voz se ha perdido en el vacío, que es lo único que en España existe. Quisiéramos llegar al Congreso para hacer el último esfuerzo para quedar completamente tranquilos, y las puertas del Congreso se nos cerraron; señal evidente de que ó el país no está con nosotros, ó no que algui todavía con tal manso corcelero al que quiere convertirse en su pastor y halaga sus debilidades. Seguros estamos, pues, de haber hecho cuanto podíamos, más de lo que debíamos, pues que nuestro deber de ciudadanos que jamás hemos hecho ni pensamos hacer carrera de la política, no se extendía á tanto.

Cual si nos faltara pasar por la última vergüenza, en este momento está Madrid convertido en un campamento, y la fuerza armada se dispone, cual el jefe de los galos que lavaban á Roma, á echar en la balanza el peso de su espada. Dentro de la situación republicana, da más importancia al derecho de la fuerza que á la fuerza del derecho. La

situación actual es completamente parecida á la de la decadencia de Bizancio. Los verdes quieren á toda costa triunfar de los azules, y los azules de los verdes, no pudiendo la patria esperar de los unos ni de los otros más que negaciones, más que vergüenza, más que impotencia, pues que ni unos ni otros tienen ideas ni vigor, pues que ni unos ni otros son capaces de decirnos en qué se distinguen de sus contrarios.

No hemos perdido la fé en nuestros principios. Hoy más que nunca los creemos salvadores, hoy más que nunca estamos enamorados de ellos, como el padre exagera las perfecciones del hijo moribundo. La hemos perdido, sí, y completamente en los elementos de que disponemos, en la posibilidad de aplicar nuestro ideal á España. Seremos, pues, siempre avanzados de la federación, y de la democracia, pero seremos amantes platónicos, y cuando veamos las tristes, las horrosas circunstancias que quizá nos envolverán dentro de poco; cuando veamos que la impotencia nos consume; cuando contemplemos las sensibles convulsiones de la agonía

de nuestra patria, lloraremos amargamente sus males; lloraremos amargamente que un conjunto de circunstancias extraordinarias hayan hecho imposible hasta la prueba de nuestro sistema.

Nos retiramos, pues, desalentados, sin esperanza en la salvación de España, pero sin que haya mengua lo en lo más íntimo la fé en nuestros principios. Si nos engañamos al juzgar de la situación del país; si llegamos á creer que podía regenerarse; si nos hicimos la ilusión de que podríamos ser escuchados, nadie tiene derecho á burlarse de nuestra candidez, que reconocía por causa un móvil generoso. Nadie tiene tampoco derecho á acusarnos de haber contribuido á perturbar al país, pues que con la mano en el corazón han de confesar lo los los españoles que hace años, muchísimos años, quizá siglos, que España no tiene ya nada que perder; que su situación es la más triste de las situaciones.

¡Ojalá nos engañáramos en nuestras apreciaciones! ¡Ojalá que el país se reaccionara é hiciera posible lo que hoy consideramos imposible á todas luces! Por nuestra parte, así

como hoy confesamos nuestra equivocación con doloroso acento, que sale del fondo del alma, con alegría confesaríamos que hoy nos equivocamos, y nuestras escasas fuerzas se consagrarían de nuevo á la santa causa que hemos defendido.

De nuestros colegas en la prensa, así de Madrid como de provincias, de los que tantas atenciones hemos merecido, esperamos la última, y les rogamos que si les es posible reproduzcan la presente despedida. ¡Quizá contribuya ella á que el espíritu público se rescione; quizá á que sea posible lo que hoy consideramos imposible! Si esta ilusión llegara á ser una realidad, nos despedimos por pocos días; si no llega á serlo, al todo continúa como hasta hoy, solo nos resta decir á los españoles la última verdad; solo nos resta repetir la grandiosa y terrible frase del Dante:

«LASCIA TE OGNI SPERANZA»

Madrid 11 Junio, 1873.

LA DIRECCION.

(11-VI-1873)

EEC, 3-4

no lido

PARTE POLÍTICA.

EL ÓRDEN PÚBLICO.

Se ha pronunciado la palabra mas atroz, mas sacrilega. Se habla ya de orden público! Hecho hoy en adelante todo es posible, todo es probable en el terreno del escándalo. Hemos empezado á tributar culto al dios mas terrible; al dios mas absurdo, al dios mas inverosímil, al dios que en mayor número ordena los sacrificios de victimas humanas inocentes; hemos, en una

los millones que cuesta una guerra, sin atender para nada al número de sus vícti-

Abrid los ojos y ved. El pueblo sufre in-

EE 15 29.VII.1869

palabra, empezado á tributar culto al dios orden público.

Se agolpan á nuestra imaginacion recuerdos funestos. Al dios orden público sacrificaba una República griega sus infelices esclavos cuando habian cometido el gran delito de ser demasiado numerosos; al dios orden público eran inmoladas las provincias romanas; el dios orden público lanzaba á los cristianos primitivos á las fieras; el dios orden público mantuvo la irritante servilumbre en la edad media con todas sus humillaciones; rodeada de todos sus horrores; el dios orden público despojó á España arrojando á moriscos y á judíos; el dios orden público inventó la Inquisición de Felipe II; al dios orden público se sacrificaron millares y millares de victimas en España durante el reinado de los últimos Borbones; el dios orden público hace áus está asesinando á la nación mas generosa de Europa, á la infeliz Polonia; el dios orden público... ¿pero á qué fatigarnos? No fué el quíprocho inmoló hace pocos meses en sangre, quien esterminó á las mas ricas poblaciones andaluzas?

Y á pesar de todo el dios orden público: emprende en no cesar jamás en el mundo. Las victimas que se le sacrifican, los horrores que para asegurar su triunfo se cometen, le alejan cada vez mas de nosotros. De nada han servido todas las fórmulas que se han inventado. A los romanos cuando procuraban el terrible acervo de consules les sucedia lo mismo que á los francos al invocar la salud pública, lo propio que á nosotros al publicar el fatídico bando del estado de sitio. El dios orden público, cada vez que se le invoca, desaparece. Cada vez que se pretende salvarle, se acaba con él.

¿A qué se debe pues que los sacerdotes del dios orden no consigan su triunfo en el mundo? ¿No son acaso muy numerosos? ¿No son acaso muy potentes? Ved á esos millonarios banqueros, hijos del desorden, que deben su fortuna al monopolio, que para encumbrarse siguieron toda la escala político-social. Todos se han convertido en graves poplificas de la causa del orden. Ved á esos tejedores que han llegado á ser fabricantes gracias á su carácter ó á su astucia; ved á esos panaderos y bunncheros tenderos; ved á esos industriales poplificos que pasan el tiempo amentando las dotaciones del gobierno; examinad las grupas que cada noche se reúnen en las mesas de los cafés para tratar de los males del arreglo de los negros los públicos y del mapa de Europa; observad las reuniones que se celebran en muchas tertulias para calcular

mas. Todos ellos son sacerdotes del orden público; todos ellos se hallan dispuestos á pagar mucho y á cubrir empréstitos y á dejarse abisfentar por brigadieres y á sufrirlo todo, aunque murmurando, mientras su Dios adorado quede en salvo, mientras se conserve el orden.

Y á pesar de tantos sacrificios, jamás consiguen su ideal, jamás consiguen el triunfo del orden. Sus partidarios de buena fe, ven que si logran evitar que una turba les rompa el cristal de la tienda, que si consiguen que su fábrica ó su finca no sufran los demones á que una conmocion popular podría exponerlas, quedan sin cristales, y tienen que cerrar su fábrica y ven disminuir sus rentas gracias á la muerte que su funesto y desorden orden lleva á todos los negocios; gracias á la paralización y á la languidez que todo lo invaden cuando domina una situación de orden. Siempre se ven colgando entre Scilla y Caribdis; siempre sueñan dos fantasmas amenazadores. Para escapar de la calamidad, no hallan mas recurso que entregarse al despotismo, y cuando el despotismo les fatiga, y cuando cansados de él pretenden sacudirlo, al examinar su situación no hallan salida, y se dejan dominar por la indiferencia, y quedan desalentados, se confiesan impotentes porque son tan míopes que no hallan medio para salir de la tiranía conservando el orden público.

Y es que los sacerdotes del orden, tienen del mismo una idea muy equivocada. Créen que solo lo alteran las barricadas y los gritos, los motines y las asonadas y las endonaxias disparados por el pueblo. Créen que solo puede alterarse por abajo; jamás por arriba. Créen que solo puede ser atacado en las calles y no en los salones, ni en los ministerios, ni en todos aquellos puntos en que si la alteracion no se nota es porque la alteracion es su estado natural y constante. ¿Triste condicion la de los que de buena fe desean el orden! ¿No tienen mas esperanza que hacer sacrificios y mas sacrificios para perpetuar el desorden, para mantener á sus grandes perturbadores!

Abrid los ojos, vosotros que de buena fe sois sacerdotes del orden. Notad que esto no existirá hasta que se logre armonizar todas las intenciones, todas las voluntades. Notad que solo la justicia puede ser el regulador de las sociedades. Convencidos de que el orden debe existir en todas las esferas. No pretendáis convertirlos en tiranos de las que se hallan colgando debajo de vuestros pies, porque pagaráis la pena hallando á tiranizados por los que están mas ar-

justicia; el pueblo se halla vejado, el pueblo se halla oprimido. El pueblo, por consiguiente, ha de estar inquieto. Las leyes son formadas por clases privilegiadas, y por consiguiente no satisfacen á todos; y por consiguiente existen muchos descontentos que conspiran y conspirarán siempre justamente. Mientras se espere todo del derecho de la fuerza, mientras haya quien se crea con derecho á mandar, mientras sean posibles situaciones de fuerza, y mientras no se reconozca el derecho de todos, no existirá entre todos la armonía, no reinará el orden público. Decláramos enemigos del desorden en todas las esferas, convenidos por la historia y por la razon, de que habéis seguido hasta hoy un camino equivocado, y veréis por fin el triunfo de vuestra idea que es tambien la nuestra; el triunfo de la justicia.

Solo puede publicarse una ley de orden público que lo asegure para siempre. Solo puede publicarse una ley de orden público que lo asegure en todas las esferas. Escríbase como lema de ella, viva la justicia; viva la igualdad, viva la libertad así de los individuos como de todas las agrupaciones. Sigáanse estos principios en todos sus artículos, y sin necesidad de penas de muerte ni de confiscaciones; sin necesidad de entregarnos al capricho de los militares; sin necesidad de esperar nada de la fuerza; sin necesidad de deshonrarnos ni sacrificarnos, logremos el establecimiento sólido del orden público.

La ley ha de contener un solo artículo y un corto preámbulo. En atencion, dígame, á que la centralizacion hasta hoy nos ha abrogado; en atencion á que los reyes y sus consecuencias nos han envilecido; en atencion á que la desigualdad y la injusticia nos han dividido y han convertido á nuestra pobre nacion en un verdadero infierno, España queda constituida en República-democrática-federal.

¡He aquí la ley de orden público!

V. Almirall.